

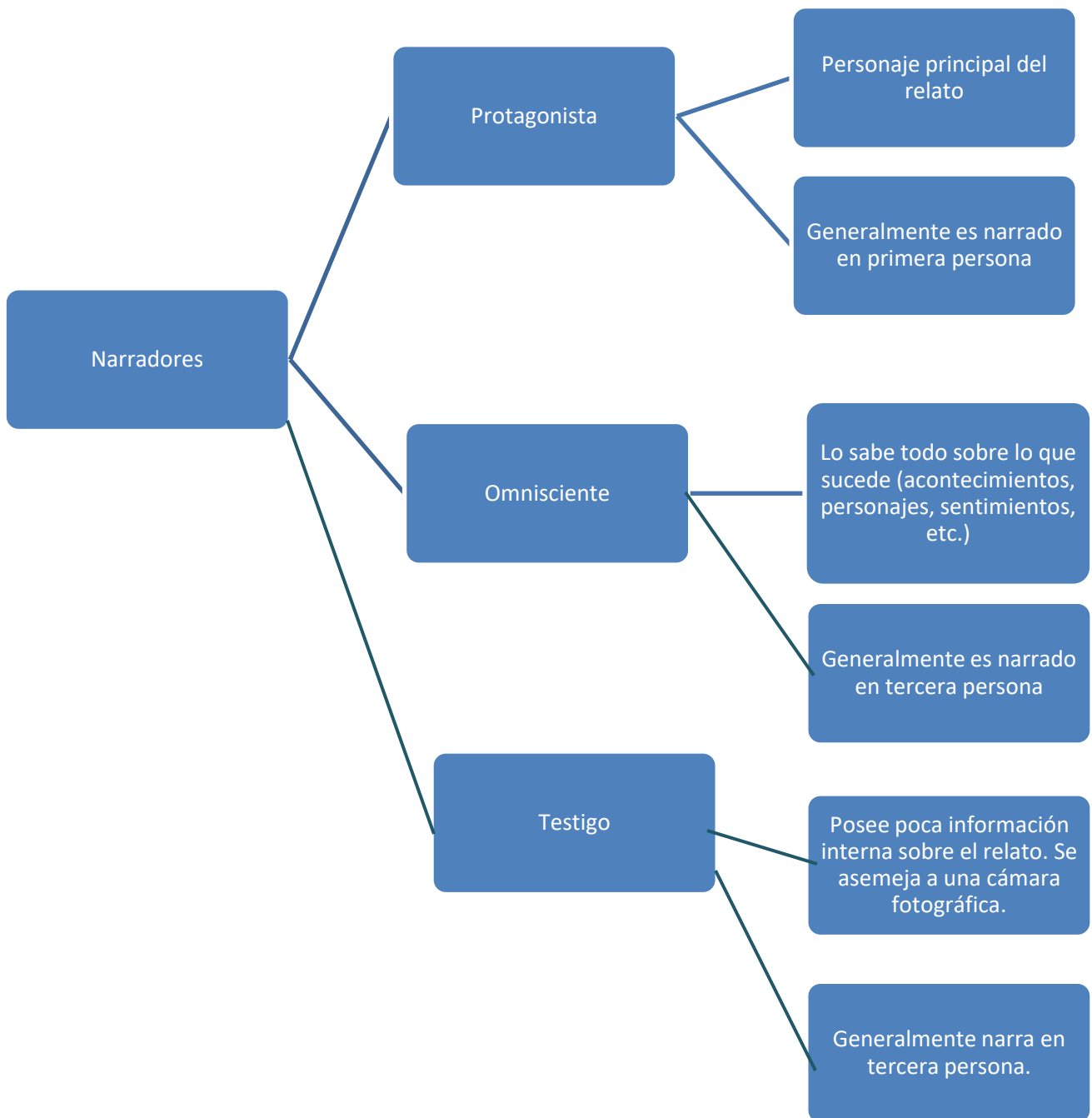


LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

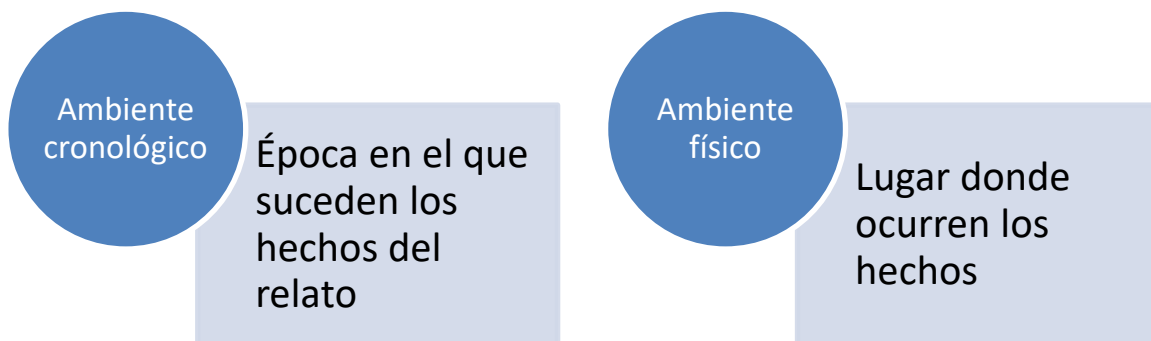
- SEMANA N°: 1
- CLASE: N°: 1
- CURSO: II° A y II° B
- DOCENTE: Pamela Varas
- CORREO ELECTRÓNICO: pvaras@americanacademy.cl
(solo será contestado en días y horarios hábiles)

OBJETIVOS: Reconocer elementos básicos del género narrativo.

CONTENIDOS DE LA SEMANA: Género narrativo.



Ambientes básicos en el género narrativo



Tipos de personajes básicos en el género narrativo

Personaje principal	Personaje antagonista	Personaje secundarios
<ul style="list-style-type: none"> • La historia se centra en él. • Se desarrolla de forma detallada en la escritura del texto. 	<ul style="list-style-type: none"> • Es el personaje que se opone a las ideas del protagonista. 	<ul style="list-style-type: none"> • Tienen menos importancia que el protagonista y el antagonista, pero forman parte del relato y pueden cambiar su hilo conductor

Actividad:

Lea y analice el siguiente texto narrativo y responda las preguntas que aparecen a continuación.

EL SOCIO

Jenaro Prieto, escritor chileno

¡IMPOSIBLE! Necesito consultarlo con mi socio..."

"Sabes bien con cuanto gusto te descontaría esa letra; pero... hemos convenido con mi socio..."

"Hombre, si no estuviera en sociedad, si yo solo dispusiera de los fondos, te arreglaba este asunto sobre tabla... desgraciadamente el socio..."

¡El socio, el socio, siempre el socio!

Era la octava vez en la mañana que Julián Pardo, en su triste vía crucis de descuento, oía frases parecidas.

Al escuchar la palabra "socio" inclinaba la cabeza y, con sonrisa de conejo, se limitaba a contestar:

–Sí, sí; me explico tu situación y te agradezco.

Luego, al salir, refunfuñaba mordiéndose los labios:

–¡Canalla! ¡Miserable! Yo que le he ayudado tantas veces... Y ahora me sale con el socio... ¡Cómo sino supiera que es un mito! ¿Quién iba a ser capaz de asociarse con este **badulaque**?

Una llovizna helada le azotaba el rostro. Parecía que el sutil polvo de cristal se empeñara en lijarle las facciones, enflaquecidas por el insomnio, acentuando en

ellas esa especie de **ascetismo** que el pulimento da a los tallados en marfil. El fondo de la calle se veía como a través de un vidrio **esmerilado**. Los rascacielos, inmenso hacinamiento de cajones vacíos, se oprimían unos contra otros, tiritando como si el viento los estremeciera.

–El socio... el socio... –seguía mascullando Julián Pardo– una farsa, una disculpa **ignominiosa**... o algo peor... sí ¡ya lo creo! Una verdadera suplantación de persona. ¡Sinvergüenza! (...)

Tras tocar muchas puertas, Julián se reúne con Goldenberg, quien había sido su compañero de curso.

¡CÓMO había engordado ese bárbaro de Goldenberg! Al mirarle, con la papada desbordante en el cuello de anchas puntas, los ojillos **capotudos** y la nariz agazapada como un zorro en el nidal d8e los mofletes, Julián Pardo no podía menos de hacerse amargas reflexiones sobre el transcurso de los años. Ese hombre de negocios que honraba con el peso de su personalidad su modesta oficina de corredor en propiedades, había sido su compañero de colegio.

¡Goldenberg, el "sapo", Goldenberg como entonces le llamaban! Parecía que hubiera sido sólo ayer. Recordaba, cuando un viernes en la tarde –día de asueto por el cumpleaños del rector– el "sapo" Goldenberg le cogió confidencialmente de un brazo.

–Oye, Pardito, ¿tienes plata?

–Sí; un peso... para comprarme unos cuadernos...

–No importa; yo mañana te los traigo; me los consigo con mi hermano que es muy tonto. ¿Vamos a tomar helados?

¡Qué proposición aquella de tomar helados!

Julián recordaba que al oírla entonces, experimentó la misma tentación que hoy, veinticinco años después, al escuchar a Goldenberg, envejecido y corpulento hablarle de "un negocio, un negocio un poco raro si se quiere... pero un negocio lucrativo en todo caso".

–Yo no tengo capitales –había dicho ahora Julián con timidez– ¿En qué forma podría serle útil?

No le trataba ya de tú como en los tiempos de colegio.

–¿Capitales?... No se necesitan.

¡Oh! ¡Desde el punto de vista de la audacia, Goldenberg no había cambiado en lo más mínimo!

¡Seguía siendo el mismo de antes! Con igual gesto de seguridad el chiquillo rubio y regordete de la tercera preparatoria, dando vuelta entre los dedos la gorra de marinero, había pulverizado otras observaciones no menos graves de Julián:

–Un peso... No vamos a poder darle propina al mozo... Los helados son a cincuenta la copa...Va a alcanzarnos al justo para dos...

–Para tres querrás decir.

–Pero ¿estás loco?

–Eres un tonto ¡Mira!

Y buscando en el fondo del bolsillo como si se tratara de un tesoro, el "sapo" Goldenberg le había enseñado en la mano un diminuto bulto negro.

–¿Sabes qué es esto?

–Sí... una mosca... una mosca muerta...

–¡Tonto! Esta es la otra copa.

–No entiendo.

Lo mismo decía ahora Julián. "No entiendo, no entiendo eso de que para un negocio no haya necesidad de capitales..." Pero en su niñez era más dócil, porque, dejándose arrastrar por Goldenberg aquel remoto día de asueto, había entrado lleno de dudas y temores en la confitería.

Con qué extraño sobresalto escuchó entonces a su **condiscípulo** golpear la mesa de mármol y pedir con voz casi tan fuerte como la de su papá:

–¡Mozo! ¡traiga dos helados de frutilla!

Eran ricos, deliciosos, y daban unas horribles tentaciones de alisarlos con la punta de la lengua. Sino fuera porque había tanta gente... Hasta la cucharilla en forma de palita era un encanto.

¡Ah si toda la cordillera cuando se pone rosada, por la tarde, fuera de helados de frutilla! De repente Samuel le dio un pellizco.

–¡Mira!

Y dejó caer la mosca en los residuos de su copa, mientras gritaba:

–¡Mozo! ¡Mozo! ¡Estos helados están sucios!

El viejo sirviente, atareado y vacilante entre las mesas, se acercó haciendo equilibrios con la gran bandeja llena de tazas y de vasos:

–Disculpe, señor. No importa, le traigo otro.

El sapo Goldenberg miró a Julián triunfante.

–¿Ves, Pardo? ¡No hay que ser tonto!

Y, fiel a su teoría, ahí estaba el mismo Samuel haciéndole proposiciones comerciales.

–Se trata, por el momento, de que Ud. denuncie como auríferos unos terrenos que le indicaré oportunamente.

–¿Un negocio aurífero?... dijo Julián con desconfianza.

Goldenberg se llevó el puro a la boca como para disimular una sonrisa.

–No se alarme. El oro vendrá después. En el fondo todos los negocios son auríferos; siempre el objeto final es sacar oro. Pero yo prefiero, –y creo que Ud. también será de mi opinión–, extraerlo en forma de moneda. La operación es más sencilla y se evita el trabajo de lavado, de **dragaje**, etc.

–¡Es claro, –pensaba para sus adentros Julián Pardo–.

¡Un bolsillo es menos profundo que un amina!

Recibía las palabras de Samuel con un enorme **escepticismo**. Muchas veces en el curso de su vida **asendereada**, al leer en los periódicos los éxitos de su antiguo discípulo, había meditado **acerbamente** sobre las equivalencias de las moscas y de los helados...

¡Qué gracia!

¡Un hombre así tenía que triunfar!

Él, en cambio, **irresoluto** y **neurasténico**, era un perfecto fracasado. Esa oficina estrecha y húmeda con la negra farsa de la caja “de fondos” –¡qué ironía!– y el calendario –¡otra inutilidad!– ¡era para él una prisión!

¿Cómo tener el **desparpajo**, la insolencia con que Goldenberg le hablaba de un negocio aurífero advirtiéndole que “en este caso, sin embargo, no basaba en el oro su negocio”?

–¿Cómo? Preguntó Julián con extrañeza.

Goldenberg pareció perderse en una inmensa bocanada de humo azul. Al salir de ella sus ojos tenían algo de **mefistofélico**.

–Mire, Pardo: Ud. va a ganar en esto una buena comisión; fácilmente habría podido encomendar este asunto a cualquier otra persona; pero he pensado en Ud. Su situación... ¿cómo diré?...

–Difícil –anotó Pardo con franqueza.

–En fin... los viejos recuerdos del colegio, y, sobre todo, el saber que trato con un caballero. Le he dado a Ud. una prueba de confianza al encargarle que haga el pedimento. Creo que podemos hablar con franqueza... ¿verdad?

Julián hizo un signo afirmativo.

Algo más

¿Quién fue Jenaro Prieto?

(1889-1946)

Aunque de profesión era abogado, trabajó como periodista en *El Diario Ilustrado* (desde 1915 hasta el día de su muerte), donde escribió siempre con una mirada irónica y llena de humor, columnas que luego fueron recopiladas en los libros *Pluma en ristre* (1925), *Con sordina* (1930) y el póstumo *Humo de pipa* (1955).

Incursionó con éxito en narrativa con sus obras *Un muerto de mal criterio* (1926) y *El socio* (1928).

Fue diputado por Santiago en 1932, cargo que obtuvo con el lema “Hágame la cruz”.

Además, se dedicó a la pintura y trabajó como caricaturista en la desaparecida revista *Topaze*.

Durante la lectura

1. ¿Por qué cambia el trato entre Julián y Goldenberg?
2. A partir de la lectura, ¿qué crees que hará Goldenberg con la mosca?
3. ¿A qué se refiere Goldenberg cuando dice que “el negocio aurífero no basa en oro su negocio”?

–Bien, –dijo Goldenberg–, el asunto es más sencillo de lo que parece. Lo único que requiere es discreción.

–Pero, ¿hay oro realmente?

–¡Hombre! Hay informes que es lo más que puede pedírsele a una mina... y para Ud. habrá plata en todo caso. En cuanto a mí, soy todavía más modesto: Me contento con que haya arena simplemente.

–No comprendo.

–Ni hace falta. Cuando vea la ubicación del yacimiento verá claro el negocio. Es decir "nuestro negocio" porque Ud. tendrá también sus acciones liberadas...

Goldenberg se incorporó pesadamente en la silla y, resoplando con el habano entre los dientes, la acercó hasta el escritorio. Tomó un diario, y con su enorme lapicera de oro comenzó a trazar un plano.

–Mire Ud. Este es el río; aquí está el yacimiento; la ciudad queda a este lado. No hay otro punto de donde sacar arena. O me compran la que yo quiera venderles o no edifican. ¿Ve ahora el negocio?

–Muy bien; pero, qué le importa entonces que las arenas sean o no auríferas ¿para qué le sirve el oro?

Goldenberg se restregaba las manos encantado.

–¿Ve Ud. como ahora también pregunta "para que le sirve el oro"? Pues, hombre, para justificar la concesión. Además, es el brillo, el espejuelo que atrae el capital de esas alondras que llamamos accionistas...

–Este cínico –se decía Julián con buen humor– no carece de cierto espíritu poético: Llama alondras a sus víctimas... Y lo miraba con involuntaria complacencia, mientras Goldenberg, entre chupada y chupada, seguía la relación de su proyecto.

–Sí, mi amigo; Ud. obtiene la merced y la vende acto continuo en £10.000 a un caballero amigo mío; éste la vende en £20.000 a la Comunidad que tengo yo con un señor Bastías; se constituye la Sociedad Aurífera "El Tesoro"; los accionistas caen como moscas y nos compran nuestros derechos en £40.000. Para mostrar confianza en el negocio recibimos al contado solamente la mitad; el resto en acciones. ¿No le agrada?

Julián inclinó un momento la cabeza y se pasó la mano por la frente, las sienas y los pómulos en actitud de palparse el esqueleto. La obsesión de su mujer, de su chiquillo, de su hogar en la miseria, ardía en su cerebro, frágil, inflado y oscilante como un farol chino, y se cubría la frente con la mano para no transparentarse; pero la mirada clara y firme de Goldenberg se filtraba por entre sus dedos, en tanto que insistía en su pregunta:

Vocabulario:

Condiscípulo: compañero, persona que estudia o ha estudiado bajo la dirección de un mismo maestro.

Aurífero: que lleva o contiene oro.

Dragaje: ahondar y limpiar con una máquina (draga) para extraer las piedras y arena.

Escepticismo: desconfianza o duda de la verdad o eficacia de algo.

Asendereada: agobiada de trabajos o adversidades.

Acerbamente: cruel, rigurosa o despaciblemente.

Irresoluto: poco decidido o dubitativo.

Neurasténico: que sufre un trastorno funcional afectivo atribuido a debilidad del sistema nervioso.

Desparpajo: summa facilidad y desembarazo en el hablar o en acciones.

Mefistofélico: diabólico, perverso.

Especulación: operación comercial que se practica con mercancías, valores o efectos públicos, con ánimo de obtener lucro.

Dactilográfico: escrito a máquina

Giro postal: envío que se realiza por correo

Enclenque: débil, enfermizo

Soez: bajo, grosero indigno, vil.

Riberano: ribereño, dueño o morador de un predio contiguo al río

Abatir: hacer que algo caiga o descienda

Prescindir: privarse de algo

Durante la lectura:

- ¿Cuál es el problema al que se enfrenta Julián Pardo? ¿Qué idea crees que se le ocurrió para evadirlo?

-¿No le agrada?

-Yo le agradezco mucho, dijo Pardo, pero...

-No hay pero que valga.

-Es que -observó tímidamente- yo no conozco estos asuntos, nunca me he metido en negocios mineros, y el distinto género de mis ocupaciones, me hace mirar con prevención, con inquietud...

-¡No sea niño! ¿Ud. teme las **especulaciones**? Pues, no especula, simplemente. Se guarda las acciones en la Caja como va a hacerlo Bastías. Ud. no tiene nada que temer. Su situación es perfectamente clara: Denuncia Ud. un yacimiento como aurífero y lo vende a un señor mayor de edad que se interesa por comprárselo; recibe Ud. su comisión y queda desligado. Que haya o no haya oro es lo de menos. Si no lo hay quiere decir que Ud. se ha equivocado... como uno de tantos.

¿Le van a hacer cargos por eso?

Julián se revolvía en el sillón. De pronto le asaltó una idea luminosa. La disculpa decisiva, la disculpa incontestable. Se puso de pie como para terminar y respondió:

-Imposible... necesitaría en todo caso consultarme con mi socio...Goldenberg soltó una carcajada.

-No, mi amigo. Yo estoy demasiado viejo para el cuento del socio. Ese es un mito como "la indisposición de última hora" en las invitaciones a comer, y el "compromiso anterior" en los empleos.

Yo no he tolerado nunca a un Gerente que se escude con consultas al Consejo ni a un amigo con preguntas a su socio. Esos fantasmas que se llaman los consejos y los socios no han conseguido asustarme todavía. Julián Pardo se paseaba como un león enjaulado. La mentira descubierta le ruborizaba: ¿Con qué fundamento ese individuo se permitía dudar de su palabra? ¿Por qué él carecía de derecho a tener socio? ¿Por qué no podía dar una disculpa que todos daban en su caso? No; él no estaba dispuesto a desdecirse e insistió:

-Ud. no puede poner en duda mi franqueza. ¿Qué podría llevarme a rehuir una buena comisión? Sino le acepto de inmediato, es porque efectivamente tengo un socio... un socio a quien debo mucho...Él, en realidad, es el dueño de esta oficina y no puedo hacer nada sin su consentimiento.

Goldenberg se había levantado penosamente de su asiento y con su bastón de gran mango de marfil y sus manos gordiflonas, llenas de anillos, se dirigió a Julián:

-Bueno, mi amigo, piense el negocio... quiero decir, consúltelo con su socio... y verá Ud. como nos entendemos.

Y se despidió.

Julián, con el rostro congestionado de rabia y de vergüenza, -en el tono de Samuel percibía claramente que no le daba el menor crédito- se sentó frente a la máquina.

-¡Ahora verá si tengo o no tengo socio! ¿Cómo le trataré?

¿Apreciado Samuel? ¿Muy señor mío? Sí... es más comercial.

Y comenzó una larga carta. Al escribir sentía renacer la confianza en sí mismo. Los tipos **dactilográficos**, criados en un ambiente comercial, son claros y precisos: No dudan, no vacilan; saben disimular las emociones. La máquina "Underwood" no se ruborizaba con la misma facilidad que Julián Pardo.

III

Ni un **giro postal**, ni una carta, ni una esperanza. Julián, rendido de cansancio, se detuvo en la puerta del correo. No quería llegar así a su casa. Pensó en el cobrador de gas, en su mujer, en el chico pálido y enclenque, -retrato de su padre- que extendería las manitos reclamándole el "libro de monos" prometido. ¡Sí, estaba para comprar libros de cuentos! ¡Con razón Goldenberg se permitía hacerle proposiciones de esa especie!

La gente entraba y salía precipitadamente, rozándole al pasar. Sin embargo, ¡qué solo se sentía! No tenía nadie que le tomara en cuenta, que le prestara ayuda... ¡Nadie! Ni un socio ficticio que le sirviera para excusarse de aceptar un negocio inadmisibles. Su misma carta a Goldenberg, convencéndole de la existencia de ese socio mitológico, era una nueva ingenuidad. Samuel se reiría a carcajadas. "¡Poeta! ¡Poeta!" exclamaría. Goldenberg es enemigo de las palabras **soeces** ¿para qué? Las suple con el calificativo de "poeta".

Sin embargo ¡qué lejos estaban los tiempos en que Julián había escrito sus “Flores de Espino” y sus “Saudades”! (...)

Allá, en el escritorio, estaba efectivamente Goldenberg, imponiéndose de la correspondencia. Al leer la carta de Julián Pardo, “Muy señor mío: He consultado con mi socio...” no pudo reprimir un gesto de disgusto...

–¿Sigue con el socio?

Claro es que seguía. El socio no aceptaba en modo alguno que Pardo entrara en la negociación, y hasta se permitía hacer reparos al negocio mismo. Los yacimientos estaban demasiado cerca. Una pertenencia situada al lado mismo de Santiago, a la vista de todos, sin el factor de dudas y misterios que aporta la distancia, no se prestaba para la especulación. La sociedad anónima no tendría por lo tanto base alguna.

“Mi socio se permite, además, hacer presente a Ud. que el río tiene dos márgenes, y que a cincuenta metros de distancia –en el caso problemático de que la sociedad se organizara– el **riberano** opuesto podría ofrecer también arena aurífera por la mitad de su valor, abatiendo súbitamente las acciones.”

Este tono protector que comenzaba ya a sacar de tino a Goldenberg, se acentuaba en los párrafos finales.

“Además, dice mi socio, que aun **prescindiendo** del oro para basar el cálculo de entradas en la simple venta de la arena, el negocio le resulta igualmente problemático. A este respecto se permite hacer notar que el riberano opuesto es senador, y podrá el día que quiera conseguir que el Estado construya ahí un puente que le permita abastecer ampliamente de arena a la ciudad.”

Goldenberg arrojó la carta al cesto.



Durante la lectura

5. ¿Qué sentido tiene que Goldenberg utilice la palabra “poeta” en vez de decir un impropio? A partir de lo anterior ¿qué es para él un “poeta”?

¡Qué tontería! ¡Esto pasa por seguir la opinión de las mujeres! ¡Un iluso!

Y Anita que lo pintaba como un hombre de talento!

Y comenzó a pasearse por la habitación.

De pronto se detuvo lleno de **perplejidad**.

–Sí... cierto... Podía ser... pero...

Cambió súbitamente de expresión.

Casi corriendo se dirigió al canasto de papeles, y, resoplando, sacó la carta de Julián. Estaba como **alelado**.

–¡Vamos! ¡El estúpido soy yo! –dijo por fin. Volvió a pasearse, lleno de alegría.

–¡Esta carta es un tesoro! Desde luego... cinco mil acciones menos a Bastías, en vista de los riesgos que ella anuncia. ¡Qué gran hombre es este Pardo! Con su habitual ingenuidad me ha descubierto ya todo su juego. A estas horas se habrá ido a hablar con “el riberano opuesto”, como él dice, para echarme por tierra las acciones... Pues que lo haga. ¡Miel sobre hojuelas! Los negocios son lo mismo para arriba o para abajo... Tengo veinte mil acciones; vendo el doble; ellos ofrecen su terreno a huevo y provocan la caída del papel; yo recupero a vil precio lo vendido y quedo dueño del negocio... Este Pardo es inefable ¡No hay que perder el contacto con este hombre!

La voz cristalina y arrulladora de su mujer vino a acortar sus reflexiones:

–¿Se puede?
 –Entra, hija... Entra...
 Corrió hacia él y le estrechó en un abrazo exageradamente amable. Luego, arrugando el ceño con un mohín entre celoso y coqueto, le revolvió todas las cartas.
 –¡Cuidado! No vaya a haber alguna de mujer! A ver... ¿Y esa que tienes en la mano?
 –Es de Julián.
 –¿Te resultó el negocio?
 –No.
 –¡Qué lástima! Pero él ¿qué te pareció?
 –¿Él? ¡Julián Pardo es un gran hombre! Le invitaré a comer esta semana.
 Ella cambió inmediatamente de actitud.
 –¿Sabes? Creo que no va a interesarme... y cuando un hombre no me cae en gracia...
 –¡Cuidado! Debes ser amable: Julián es un muchacho insustituible.

Prieto, J. (1029). *El socio*. Santiago: Sociedad Chilena de Ediciones. Fragmento.

Significado en contexto

Lee los fragmentos e indica el término adecuado para reemplazar a la palabra destacada sin que cambie el sentido del texto.

- Julián recordaba que al oírlo entonces, experimentó la misma tentación que hoy, veinticinco años después, al escuchar a Goldenberg, envejecido y corpulento hablarle de “un negocio, un negocio un poco raro si se quiere... pero un negocio **lucrativo** en todo caso”.
- Allá, en el escritorio, estaba efectivamente Goldenberg, **imponiéndose** de la correspondencia. Al leer la carta de Julián Pardo, “Muy señor mío: He consultado con mi socio...” no pudo reprimir un gesto de disgusto...

1. LUCRATIVO

- A económico
- B rentable
- C riqueza
- D ahorro

2. IMPONIÉNDOSE

- A apoderarse
- B enterarse
- C recibir
- D responder

Extraer información

- ¿Cómo es la percepción que Samuel Goldenberg tiene respecto de Julián Pardo?, ¿es estática o evoluciona? Busca marcas que lo demuestren.

Interpretar el texto

- ¿Qué función crees que cumple el paralelo entre la propuesta del negocio aurífero y la propuesta de ir a la heladería? Fundamenta.
- ¿crees que es posible inferir características del contexto de producción de la obra a partir del fragmento? ¿cuáles?

Evaluar el contenido del texto

- ¿Cuál es la problemática que se plantea en el texto? ¿consideras que aún está vigente? Da ejemplos.

Comprender globalmente el texto

- ¿Qué implicancias trae consigo “tener (o no tener) un socio” para la identidad masculina descrita en el fragmento? Justifica con marcas textuales.

Argumentar

- ¿te gustaría continuar la lectura de la novela? Justifica a partir del texto e imágenes?

Investigar

9. Indaga sobre los estudios de género y los conceptos de masculinidad y feminidad. Luego prepara un pequeño resumen sobre lo que pudiste encontrar.